

D. Garc. ¿Ya olvidais á D. García?

D. Juan. Veros en Madrid lo hacia,
y el nuevo traje.

D. Garc. Despues
que en Salamanca me vistes,
muy otro debo de estar.

D. Juan. Más galan sois de seglar,
que de estudiante lo fuistes.
¿Venis á Madrid de asiento?

D. Garc. Sí.

D. Juan. Bien venido seais.

D. Garc. Vos, D. Félix, ¿cómo estais?

D. Félix. De veros, por Dios, contento.
Vengais bueno enhorabuena.

D. Garc. Para servirlos. ¿Qué haceis?
¿De qué hablais? ¿En qué

D. Juan. De cierta música y cena
que en el rio dió un galan
esta noche á una señora,
era la plática agora.

D. Garc. ¿Música y cena, D. Juan?
¿Y anoche?

D. Juan. Sí.

D. Garc. ¿Mucha caga?
¿Grande fiesta?

D. Juan. Así es la fama.

D. Garc. ¿Y muy hermosa la dama?

D. Juan. Dícenme que es muy hermosa.

D. Garc. ¡Bien!

D. Juan. ¿Qué misterios haceis?

D. Garc. De que alabeis por tan buena
esa dama y esa cena,
si no es que alabando esteis
mi fiesta y mi dama así.

D. Juan. ¿Pues tuvistes tambien boda
anoche en el rio?

D. Garc. Toda
en eso la consumí.

Tristan. [Ap.] ¿Qué fiesta ó qué dama es esta,
si á la corte llegó ayer?

D. Juan. ¿Ya teneis á quien hacer,
tan recien venido, fiesta?
Presto el amor dió con vos.

D. Garc. No há tan poco que he llegado,
que un mes no haya descansado.

Tristan. [Ap.] Ayer llegó, voto á Dios.
El lleva alguna intencion.

D. Juan. No lo he sabido á fé mia,
que al punto acudido habria
á cumplir mi obligacion.

D. Garc. He estado hasta aqui secreto.

D. Juan. Esa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido.
Pero ¿la fiesta en efeto
fué famosa?

D. Garc. Por ventura
no la vió mejor el rio.

D. Juan. [Ap.] Ya de celos desvario.
¿Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dió?

D. Garc. Tales señas me vais dando,
D. Juan, que voy sospechando
que la sabeis como yo.

D. Juan. No estoy del todo ignorante,
aunque todo no lo sé.
Dijéronme no sé qué
confusamente, bastante
á tenerme deseoso
de escucharos la verdad:
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso.....

[Ap.] O en un amante con celos.

D. Félix. [Ap. á D. Juan.] Advertir cuán sin
os han venido á mostrar (pensar.)
vuestro contrario los cielos.

D. Garc. Pues á la fiesta atended;
contaréla, ya que veo
que os fatiga ese deseo.

D. Juan. Haréisnos mucha merced.

D. Garc. Entre las opacas sombras
y opacidades espesas
que el soto formaba de olmos
y la noche de tinieblas,
se ocultaba una cuadrada,
limpia y olorosa mesa,
á lo italiano curiosa,
á lo español opulenta.
En mil figuras prensados
manteles y servilletas,
solo invidiaban las almas
á las aves y á las fieras.
Cuatro aparadores, puestos
en cuadro correspondencia,
la plata blanca y dorada,
vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo
en todo el Sotillo apenas;
que dellas se edificaron
en varias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes

ocultan las cuatro dellas;
otra principios y postres,
y las viandas la sesta.
Llegó en su coche mi dueño,
dando invidia á las estrellas,
á los aires suavidad,
y alegría á la ribera.
Apenas el pié que adoro
hizo esmeraldas la yerva,
hizo cristal la corriente,
las arenas hizo perlas;
cuando en copia disparados
cohetes, bombas y ruedas,
toda la region del fuego
bajó en un punto á la tierra.
Aun no las sulfúreas luces
se acabaron, cuando empiezan
las de veinticuatro antorchas
á oscurecer las estrellas.
Empezó primero el coro
de chirimías, tras ellas
el de las bihuelas de arco
sonó en la segunda tienda,
salieron con suavidad
las flautas de la tercera,
y en la cuarta cuatro voces
con guitarras y harpas suenan.
Entre tanto se sirvieron
treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres,
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas, hechas
del cristal que da el invierno
y el artificio conserva,
de tanta nieve se cubren,
que Manzanares sospecha,
cuando por el soto pasa,
que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso
cuando el gusto se recrea;
que de espíritus suaves
de pomos y cazoletas,
y destilados sudores
de aromas, flores y yerbas,
en el soto de Madrid
se vió la region sabea.
En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen á mi dueño

su crueldad y mi firmeza,
al sauce, al junco y al mimbre
quitaron su preminencia;
que han de ser oro las pajas
cuando los dientes son perlas.
En esto juntos en folia
los cuatro coros comienzan
desde conformes distancias
á suspender las esferas;
tanto, que invidioso Apolo,
apresuró su carrera,
porque el principio del día
pusiese fin á la fiesta.

D. Juan. Por Dios, que la habeis pintado
de colores tan perfetas,
que no trocará el oírla
por haberme hallado en ella.

Tristan. (Ap.) ¡Válgate el diablo por hombre!
¿Que tan de repente pueda
pintar un convite tal
que á la verdad misma vengal!

D. Juan. [Ap. á D. Félix.] ¡Rabio de celos!

D. Félix. No os dieron
del convite tales señas.

D. Juan. ¿Qué importa, si en la sustancia,
el tiempo y lugar concuerdan?

D. Garc. ¿Qué decís?

D. Juan. Que fué el festin
mas célebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.

D. Garc. ¡Oh! son niñerías estas,
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme un día;
que á las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron,
nueva admiracion pusiera.

(Mira adentro.)

D. Félix. [Ap. á D. Juan.] Jacinta es la del
en el coche de Lucrecia. (estribo)

D. Juan. [Ap. á D. Félix.] Los ojos á D. Gar-
se le van, por Dios, tras ella. (cía)

D. Félix. Inquieto está y divertido.

D. Juan. Ciertas son ya mis sospechas.

D. Juan y D. Garc. Adios.

D. Félix. Entrambos á un punto
fuistes á una cosa mesma.

[Vase D. Juan y D. Félix.]

ESCENA VIII.

D. GARCÍA, TRISTAN.

Tristan. No ví jamas despedida tan conforme y tan resuelta.

D. Garc. Aquel cielo, primer móvil de mis acciones, me lleva arrebatado tras sí.

Tristan. Disimula y ten paciencia; que el mostrarse muy amante antes daña que aprovecha; y siempre he visto que son venturosas las tibiezas. Las mujeres y los diablos caminan por una senda; que á las almas rematadas ni las siguen ni las tientan; que el tenellas ya seguras les hace olvidarse de ellas, y solo de las que pueden escapárseles, se acuerdan.

D. Garc. Es verdad; mas no soy dueño de mí mismo.

Tristan. Hasta que sepas estensamente su estado, no te entregues tan de veras; que suele dar quien se arroja creyendo las apariencias, en un pantano cubierto de verde, engañosa yerba.

D. Garc. Pues hoy te informas de todo.

Tristan. Eso queda por mi cuenta. Y agora, antes que reviente, dime por Dios, ¿qué fin llevas en las ficciones que he oido, siquiera para que pueda ayudarte? Que cogernos en mentira será afrenta. Perulero te fingiste con las damas.

D. Garc. Cosa es cierta, Tristan, que los forasteros tienen mas dicha con ellas; y mas si son de las Indias, informacion de riqueza.

Tristan. Ese fin está entendido; mas pienso que el medio yerras, pues han de saber al fin quién eres.

Garc. Cuando lo sepan habré ganado en su casa

ó en su pecho ya las puertas con este medio, y despues yo me entenderé con ellas.

Tristan. Digo que me has convencido, señor. Mas agora venga lo de haber un mes que estás en la corte. ¿Qué fin llevas, habiendo llegado ayer?

D. Garc. Ya sabes tú que es grandeza esto de estar encubierto, ó retirado en su aldea, ó en su casa descansando.

Tristan. Vaya muy enhorabuena. Lo del convite éntre agora.

D. Garc. Fingilo porque me pesa que piense nadie que hay cosa que mover mi pecho pueda á invidia ó admiracion, pasiones que al hombre afrentan; que admirarse es ignorancia, como invidiar es bajeza. Tú no sabes á qué sabe, cuando llega un portanuevas muy orgulloso á contar una hazaña ó una fiesta, taparle la boca y con otra tal, que se vuelva con sus nuevas en el cuerpo, y que reviente con ellas.

Tristan. ¡Caprichosa prevencion, si bien peligrosa treta! La fábula de la corte serás si la flor te entrevan.

D. Garc. Quien vive sin ser sentido, quien solo el número aumenta, y hace lo que todos hacen, ¿en qué difiere de bestia? Ser famosos es gran cosa; el medio cual fuere sea. Nóbrenme á mí en todas partes y murmúrenme siquiera, pues uno por ganar nombre abrasó el templo de Efesia; y al fin, es este mi gusto, que es la razon de mas fuerza.

Tristan. Juveniles opiniones sigue tu ambiciosa idea, y cerrar has menester en la corte la mollera. (Vánse.)

Sala en casa de D. Sancho.

ESCENA IX.

JACINTA E ISABEL, con mantos, D. BELTRAN, D. SANCHO.

Jacinta. ¡Tan grande merced!

D. Beltr. No ha sido amistad de solo un dia la que esta casa y la mia, si os acordais, se han tenido; y así, no es bien que estrañeis mi visita.

Jacinta. Si me espanto es, señor, por haber tanto que merced no nos haceis. Perdonadme; que ignorando el bien que en casa tenia, me tardé en la Platería, ciértas joyas concertando.

D. Beltr. Feliz pronósticó dais al pensamiento que tengo, pues cuando á casaros vengo comprando joyas estais. Con D. Sancho, vuestro tío, tengo tratado, señora, hacer parentesco agora nuestra amistad; y confio (puesto que como discreto dice D. Sancho que es justo remitirse á vuestro gusto) que esto ha de tener efecto. Que pues es la hacienda mia y calidad tan patente, solo falta que os contente la persona de García; y aunque ayer á Madrid vino de Salamanca el mancebo, y de envidia el rubio Febo le ha abrazado en el camino, bien me atreveré á ponello ante vuestros ojos claros, fiando que ha de agradaros, desde la punta al cabello, si licencia le otorgais para que os bese la mano.

Jacinta. Enearecer lo que gano en la mano que me dais, si es notorio, es vano intento; que estimo de tal manera las prendas vuestras, que diera luego mi consentimiento,

á no haber de parecer (por mucho que en ello gano) arrojamiento liviano en una honrada mujer; que el breve determinarse en cosas de tanto peso, ó es tener muy poco seso ó gran gana de casarse. Y en cuanto á que yo lo vea, me parece, si os agrada, que para no arriesgar nada, pasando la calle sea. Que si como puede ser, y sucede á cada paso, despues de tratarlo, acaso se viniese á deshacer. ¿De qué me hubiera servido, ó qué opinion me darán las visitas de un galan con licencias de marido?

D. Beltr. Ya por vuestra gran cordura, si es mi hijo vuestro espóso, le tendré por tan dichoso como por vuestra hermosura.

D. Sanc. De prudencia puede ser un espejo la que ois.

D. Beltr. No sin causa os remitis, D. Sancho, á su parecer. Esta tarde con García á caballo pasaré vuestra calle.

Jacinta. Yo estaré detras de esa celosía.

D. Beltr. Que le mireis bien os pido que esta noche he de volver, Jacinta hermosa, á saber cómo os haya parecido.

Jacinta. ¿Tan apriesa?

D. Beltr. Este cuidado no admireis; que ya es forzoso, pues si vine deseoso, vuelvo agora enamorado. Y adios.

Jacinta. Adios.

D. Beltr. ¿Dónde vais?

D. Sanc. A serviros.

D. Beltr. No saldrá.

D. Sanc. Al corredor llegaré con vos, si licencia dais.

[Vanse D. Sancho y D. Beltran.]

ESCENA X.

JACINTA, ISABEL.

Isabel. Mucha prisa te da el viejo.*Jacinta.* Yo se la diera mayor, pues tambien le está á mi honor si á diferente consejo no me obligara el amor; que aunque los impedimentos del hábito de D. Juan, dueño de mis pensamientos, forzosa causa me dan de admitir otros intentos; como su amor no despido, por mucho que lo deseo, que vive en el alma asido; tiemblo, Isabel, cuando creo que otro ha de ser mi marido.*Isabel.* Yo pensé que ya olvidabas á D. Juan, viendo que dabas lugar á otras pretensiones.*Jacinta.* Causanlo estas ocasiones, Isabel: no te engañabas; que como há tanto que está el hábito detenido, y no ha de ser mi marido si no sale, tengo ya este intento por perdido. Y así para no morirme quiero hablar y divertirme, pues en vano me atormento; que en un imposible intento no apruebo el morir de firme. Por ventura encontraré alguno tal, que merezca que mano y alma le dé.*Isabel.* No dudo que el tiempo ofrezca sugeto digno á tu fé; y si no me engaño yo, hoy no te desagradó el galan indiano.*Jacinta.* Amiga, ¿quieres que verdad te diga? pues muy bien me pareció, y tanto, que te prometo que si fuera tan discreto, tan gentil hombre y galan el hijo de D. Beltran, tuviera la boda efeto.*Isabel.* Esta tarde le verás con su padre por la calle.*Jacinta.* Veré solo el rostro y talle; el alma, que importa más, quisiera ver con hablalle.*Isabel.* Háblale.*Jacinta.* Hase de ofender D. Juan si llega á sabello, y no quiero, hasta saber que de otro dueño he de ser, determinarme á perdello.*Isabel.* Pues dá algun medio, y advierte que siglos pasas en vano, y conviene resolverte; que D. Juan es de esta suerte el perro del hortelano. Sin que lo sepa D. Juan podrás hablar, si tú quieres, al hijo de D. Beltran; que, como en su centro, están las trazas en las mujeres.*Jacinta.* Una pienso que podria en este caso importar. Lucrecia es amiga mia: ella puede hacer llamar de su parte á D. García; que como secreta esté yo con ella en su ventana, este fin conseguiré.*Isabel.* Industria tan soberana solo de tu ingenio fué.*Jacinta.* Pues parte al punto, y mi intento le dí á Lucrecia, Isabel.*Isabel.* Sus alas tomaré al viento.*Jacinta.* La dilacion de un momento le dí que es un siglo en él.

ESCENA XI.

DON JUAN, que encuentra á ISABEL al salir.—

JACINTA.

D. Juan. ¿Puedo hablar á tu señora?*Isabel.* Solo un momento ha de ser; que de salir á comer mi señor D. Sancho es hora. [Vase.]*D. Juan.* Ya, Jacinta, que te pierdo, ya que yo me pierdo, ya.....*Jacinta.* ¿Estás loco?*D. Juan.* ¿Quién podrá Estar con tus cosas cuerdo?*Jacinta.* Repórtate y habla paso, que está en la cuadra mi tio.*D. Juan.* Cuando á cenar vas al rio, ¿cómo haces d'él poco caso?*Jacinta.* ¿Qué dices? ¿Estás en tí?*D. Juan.* Cuando para trasnochar con otro tienes lugar, ¿tienes tio para mí?*Jacinta.* ¿Trasnochar con otro? Advierte que aunque eso fuese verdad, era mucha libertad hablarme á mí desa suerte; cuánto más que es desvario de tu loca fantasía.*D. Juan.* Ya sé que fué D. García el de la fiesta del rio; ya los fuegos que á tu coche, Jacinta, la salva hicieron; ya las antorchas que dieron sol al soto á media noche; ya los cuatro aparadores con vajillas variadas, las cuatro tiendas pobladas de instrumentos y cantores. Todo lo sé, y sé que el dia te halló, enemiga, en el rio. Dí agora que es desvario de mi loca fantasía. Dí agora que es libertad el tratarte desta suerte, cuando obligan á ofenderte mi agravio y tu liviandad.....*Jacinta.* ¡Plega á Dios!.....*D. Juan.* Deja invenciones:

calla, no me digas nada; que en ofensa averiguada no sirven satisfacciones. Ya, falsa, ya sé mi daño; no niegues que te he perdido; tu mudanza me ha ofendido, no me ofende el desengaño. Y aunque niegues lo que oí, lo que ví confesarás; que hoy lo que negando estás, en sus mismos ojos ví. ¿Y su padre? ¿Qué queria agora aquí? ¿Qué te dijo? ¿De noche estás con el hijo, y con el padre de dia? yo lo ví; ya mi esperanza en vano engañar dispones; ya sé que tus dilaciones

son hijas de tu mudanza. Mas, cruel, ¡viven los cielos, que no has de vivir contenta! Abrásete, pues revienta este volcan de mis celos. El que me hace desdichado, te pierda, pues yo te pierdo.

Jacinta. ¿Tú eres cuerdo?*D. Juan.* ¿Cómo cuerdo, amante y desesperado?*Jacinta.* Vuelve, escucha; que si vale la verdad, presto verás cuán mal informado estás.*D. Juan.* Voyme, que tu tio sale.*Jacinta.* No sale. Escucha, que fio satisfacerte.*D. Juan.* Es en vano, si aquí no me das la mano.*Jacinta.* ¿La mano? Sale mi tio.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Beltran.

ESCENA PRIMERA.

D. GARCIA, en cuerpo, leyendo un papel; TRISTAN Y CAMINO.

D. Garc. [Lee.] “La fuerza de una ocasion me hace esceder del órden de mi estado. Sa- brála vuestra merced esta noche por un balcon que le enseñará el portador, con lo demas que no es para escrito; y guar- “de nuestro Señor, ect.” ¿Quién este papel me escribe?*Camino.* Doña Lucrecia de Luna.*D. Garc.* El alma sin duda alguna que dentro en mi pecho vive. ¿No es esta una dama hermosa, que hoy antes de mediodía estaba en la Platería?*Camino.* Sí, señor.*D. Garc.* ¡Suerte dichosa! Informadme, por mi vida, de las partes desta dama.*Camino.* Mucho admiro que su fama esté de vos escondida. Porque la habeis visto, dejo de encarecer que es hermosa;